



La sabiduría de encontrarse con la realidad

Dedicamos este texto a desentrañar las principales causas de la desigualdad y a esbozar nuestra propuesta de acción ante las inequidades en un contexto de aumento del hambre y la pobreza en el planeta.



El título de este informe está inspirado en una cita del papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti* (FT): «La verdadera sabiduría supone el encuentro con la realidad» (FT, 47). Es necesario encontrarse con la realidad, fuente de la verdadera sabiduría, si queremos saber cómo transformarla. En la misión y en el origen de Manos Unidas está la lucha contra la pobreza, el hambre, la miseria y las causas que las producen. Es el sueño compartido de poder **hacer de este mundo una auténtica casa común**, donde cada ser humano y cada ser vivo puedan realmente VIVIR.

De esto trata la **Campaña de Manos Unidas** para este año. Con el lema **Nuestra indiferencia los condena al olvido**, queremos sensibilizar a la sociedad española sobre la necesidad de poner nuestra mirada en los más empobrecidos, los últimos, para poder entender la realidad injusta de un mundo marcado por la desigualdad; una desigualdad que no es exactamente la misma tras el «huracán» global de sufrimiento producido por la pandemia y que es necesario transformar a través de nuestra acción y compromiso.

UN MUNDO MÁS DESIGUAL: LAS «CONDICIONES DE VIDA» DE LAS COMUNIDADES DEL SUR

La desigualdad hace referencia no solo a la diferencia de ingresos o de recursos. También es la discriminación en las oportunidades de vida, la exclusión en el disfrute de los derechos a causa de la posición socioeconómica, del sexo, del origen étnico-racial o de la situación geográfica. Una **inequidad que no es puntual sino permanente y estructural**, y que se manifiesta en un profundo deterioro de las condiciones de vida digna que nos corresponden a todo ser humano solo por haber nacido.

Hoy, sobre todo con la pandemia, sabemos que la desigualdad se ha convertido no solo en el mayor desafío sino también en la principal amenaza mundial. Por eso, es urgente

reconocer esa desigualdad si queremos que los empobrecidos, los excluidos al borde del camino, no sean condenados al olvido.

Mirando desde los últimos, podemos reconocer la realidad de un mundo más desigual. Comprobamos que la pobreza, la precariedad en los sistemas de salud, la conflictividad, la violencia y, consecuentemente, el hambre, se están viendo incrementados por la actual crisis social y sanitaria que ha venido a sumarse de manera catastrófica a la crisis económica y medioambiental que ya convertía la vida de millones de personas en un desafío casi insalvable. Se calcula que **la COVID-19 empujará a otros 500 millones de personas a la pobreza**. Esto se deberá, entre otras cosas, al aumento de los despidos

Queremos sensibilizar a la sociedad española sobre la necesidad de poner nuestra mirada en los más empobrecidos para poder entender la realidad injusta de un mundo marcado por la desigualdad.

(en 2020 se perdieron unos 255 millones de empleos, cuatro veces más que en 2008, según datos de la OIT de 2021); a la situación de «pobreza laboral» de buena parte de la población condenada a un trabajo esclavo con los llamados «salarios de miseria» que no permiten una vida digna; al retroceso del propio trabajo informal por las restricciones a la movilidad y el parón de sectores como el turismo; a la abusiva rebaja del precio de las materias primas agrícolas que responde a un injusto comercio internacional y una despiadada especulación con la producción agrícola; y a la inexistencia de mecanismos públicos para contener el desastre. Según datos de Naciones Unidas, **el hambre podría alcanzar a más de mil millones de personas** en los próximos años.



UNA DESIGUALDAD CON CAUSAS ESTRUCTURALES

Dentro de un contexto que el papa Francisco denomina «cultura de la indiferencia», con claras manifestaciones de inequidad, donde las personas pobres, desempleadas, vulnerables, etc., son consideradas simplemente como descartables, encontramos al menos dos factores que impiden una vida digna, «alimentan» el hambre y determinan la actual desigualdad: un **modelo económico dominante injusto** y la escasez o simplemente **ausencia de políticas públicas**.

Vivimos en un mundo dominado por la conocida como «economía de libre mercado» que busca el aumento del beneficio y se define por el principio de «acumulación» que nos desiguala, y no sobre el principio de la «dignidad» que nos iguala a todos como seres humanos. Como decía el Papa, es un modelo excluyente que no tiene en cuenta las legítimas necesidades de la mayoría de los seres humanos. En sus palabras: «En el mundo de hoy persisten numerosas formas de injusticia, nutridas por visiones antropológicas reductivas y por un **modelo económico basado en las ganancias**, que no duda en explotar, descartar e incluso matar al hombre. Mientras una parte de la humanidad vive en opulencia, otra parte ve su propia dignidad desconocida, despreciada o pisoteada y sus derechos fundamentales ignorados o violados. ¿Qué dice esto acerca de la **igualdad de derechos fundada en la misma dignidad humana?**» (FT 22).

Ese modelo económico que genera injusticia se ve reforzado por la falta de **políticas públicas que ayuden a los más empobrecidos a acceder a mejores condiciones de vida**. Existen distintas razones para este déficit: Estados económicamente fallidos y prácticamente en bancarota, incapaces de financiar los servicios públicos; el peso de la deuda, que sigue complicando la vida de millones de personas; una tributación insuficiente e injusta a favor de las élites; o la propia corrupción que desvía los fondos que debían destinarse al bien común.

¿A quién y a qué afecta la desigualdad hoy?

- **A más países**, como Brasil, México, India, países emergentes y de renta media que empezaron a reducir la brecha económica en las dos décadas anteriores pero que hoy viven un rápido repunte de las desigualdades.
- **A más personas**, con 400 millones de nuevos pobres que viven bajo la línea de pobreza extrema de 1,90 \$ al día, y más de 500 millones de nuevos pobres viviendo bajo la línea de pobreza de 5,50 \$. Pobreza y desigualdad con rostro: las personas históricamente empobrecidas del mundo rural, a las que se suman ahora millones de nuevos pobres urbanos, víctimas de despidos o de trabajos precarios que no permiten ganar lo suficiente para vivir; las mujeres tradicionalmente esclavizadas en los diversos sectores de nuestras economías, a las que se suman las que se encuentran en una situación más precaria por la COVID-19; los migrantes, víctimas de una casi eterna vulnerabilidad, que ni siquiera consiguen satisfacer sus más elementales necesidades ni ayudar a sus familias que quedaron atrás.
- **A más aspectos de la vida**, a condiciones de vida que parecían haber mejorado en los últimos años. Hoy, la desigualdad ha vuelto a afectar al derecho a la propia vida, a la salud, la educación o a la alimentación. En los países más empobrecidos del Sur, la desigualdad de oportunidades y la ausencia de mecanismos públicos de ayuda, han hecho que el hambre pueda diezmar a poblaciones de países como Haití, Bolivia, Mali y Burkina Faso, entre otros.



Manos Unidas



LA HOJA DE RUTA DE LOS ODS

Manos Unidas no está sola en la batalla contra la desigualdad, la pobreza y el hambre. La comunidad internacional, apoyada por los gobiernos de los países que la forman, se marcó en 2015 una hoja de ruta con el objetivo de caminar hacia un mundo más inclusivo, sostenible y humano con el horizonte del año 2030. Es la conocida como Agenda 2030, de la que se derivan los **17 Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)** que permiten definir, organizar y evaluar su cumplimiento.

«Estamos resueltos a poner fin a la pobreza y el hambre en todo el mundo de aquí a 2030, a combatir las desigualdades dentro de los países y entre ellos, a construir sociedades pacíficas, justas e inclusivas, a proteger los derechos humanos y promover la igualdad entre los géneros y el empoderamiento de las mujeres y las niñas, y a garantizar una protección duradera del planeta y sus recursos naturales» (*Transformar nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible*, ONU, 2015).

Por eso, en los próximos años, y en sintonía con las metas de nuestra misión desde 1959, sumaremos nuestro trabajo al cumplimiento de los ODS, entendiendo que solo con la colaboración de todas las instituciones, organismos, sectores sociales, grupos y personas, es posible construir un mundo más justo, un futuro más seguro y una casa común habitada por una humanidad cuidada y en paz.

LA DESIGUALDAD ES CONTRARIA A LA DIGNIDAD

Reconocemos la dignidad humana cuando se considera sagradas a las personas; estas tienen valor en sí, no son instrumentos ni medios para un fin; merecen respeto simplemente por su naturaleza de seres humanos y las condiciones de su existencia no pueden ser violadas.

La referencia a la **dignidad humana como realidad universal** nos señala la necesidad de ser inclusivos, admitiendo

y respetando las condiciones de una vida digna en todo ser humano. Un modo de vida que gira en torno a la igualdad de oportunidades y expectativas, donde cada persona ve respetados sus derechos fundamentales, y que nos ayuda a identificar aquellas situaciones que generan discriminaciones.

Lamentablemente nuestro mundo se caracteriza más bien por el olvido, la falta de empatía o la indiferencia hacia los que consideramos como sobrantes, descartables y en los que, en realidad, no reconocemos a un igual con derechos que debemos respetar.

La **desigualdad**, y una de sus principales consecuencias que es el hambre, ha sido siempre una de las mayores preocupaciones del Magisterio de la Iglesia. De hecho, la propia

En los próximos años, y en sintonía con las metas de nuestra misión desde 1959, sumaremos nuestro trabajo al cumplimiento de los ODS.

Doctrina Social de la Iglesia (DSI), como conjunto de enseñanzas sociales oficiales de la Iglesia católica, encuentra sus orígenes en la desigualdad surgida en torno a la «cuestión obrera» al comienzo del desarrollo industrial de Europa, con la encíclica de **León XIII** *Rerum novarum*, publicada en 1891.

Desde nuestra fe, la desigualdad constituye sencillamente un atentado contra la dignidad humana, una lacra insuperable, símbolo de un modelo económico y social radicalmente injusto. Decía **San Juan Pablo II**: «La dignidad personal constituye el fundamento de la igualdad de todos los hombres entre sí. De aquí que sean absolutamente inaceptables las más variadas formas de discriminación que, por desgracia, continúan dividiendo y humillando a la familia humana:



Manos Unidas/Myriam Sagastizábal



Manos Unidas/Javier Mármol

desde las raciales y económicas a las sociales y culturales, desde las políticas a las geográficas, etc. Toda discriminación constituye una injusticia completamente intolerable».

Siguiendo la tradición de la enseñanza social de la Iglesia, la desigualdad y el hambre están muy presentes en los últimos documentos del papa Francisco, probablemente por la magnitud que han adquirido en la actualidad. Así, sobre la desigualdad dice el Papa: «[...] especialmente deberían exasperarnos las enormes inequidades que existen entre nosotros, porque seguimos tolerando que unos se consideren más dignos que otros. Dejamos de advertir que algunos se arrastran en una degradante miseria, sin posibilidades reales de superación, mientras otros ni siquiera saben qué hacer con lo que poseen... Seguimos admitiendo en la práctica que unos se sientan más humanos que otros, como si hubieran nacido con mayores derechos».

Y sobre el hambre nos dice: «Todavía estamos lejos de una globalización de los derechos humanos más básicos. Por eso la política mundial no puede dejar de colocar entre sus objetivos principales e imperiosos el de acabar eficazmente con el hambre. Porque cuando la especulación financiera condiciona el precio de los alimentos tratándolos como a cualquier mercancía, millones de personas sufren y mueren de hambre. Por otra parte, se desechan toneladas de alimentos. Esto constituye un verdadero escándalo. El hambre es criminal, la alimentación es un derecho inalienable».

Durante este año, en el que reflexionaremos sobre una desigualdad que no solo afecta a las necesidades humanas más elementales, sino que perjudica de modo dramático la vida en el planeta, nos detendremos también, de manera especial, sobre otro principio fundamental de la vida cristiana: el **destino universal de los bienes**.

Se trata de un principio de muy larga tradición en la Iglesia, que hunde sus raíces en la propia Sagrada Escritura. Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sus-

Principios fundamentales de la Doctrina Social de la Iglesia para reflexionar:

- La **dignidad** de todas las personas, que nos iguala y hace que cualquier inequidad sea contraria a nuestra visión cristiana del ser humano como criatura sagrada.
- La **solidaridad**, no como un sentimentalismo puntual a causa de alguna tragedia, sino como la determinación «firme y perseverante» que obliga a quien se complace a eliminar los obstáculos que impiden al otro tener una vida digna.
- El **bien común** que nos invita a construir, entre todos, las condiciones de una vida verdaderamente humana, garantizada por el cumplimiento de los derechos humanos fundamentales.
- La **opción por los pobres**, reconociendo la urgencia de poner a los últimos en primer lugar y a los más desfavorecidos como prioridad de nuestra acción.
- La **subsidiariedad** para que cada agente social (individuos, familia, comunidad, asociaciones, Estados...) se hagan cargo de su propia responsabilidad en la búsqueda del bien común.



PIXABAY

tente a todos sus habitantes, sin excluir ni privilegiar a nadie (Gen 1, 28-29). He ahí la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra. Por su parte, el Nuevo Testamento insiste en la necesidad de **compartir y atender a las necesidades de otras personas** y comunidades sin apego a los bienes materiales (2Cor 8,14-15, 1Cor 7,30). Este planteamiento de la Sagrada Escritura se mantiene entre los Padres de la Iglesia que entienden que los propietarios no deben beneficiarse en exclusiva de sus bienes. Como enseñaba San Basilio de Cesárea: «El pan que hay en tu despensa pertenece al hambriento; el abrigo que cuelga sin usar en tu guardarropa pertenece a quien lo necesita; los zapatos que se están estropeando en tu armario pertenecen al descalzo; el dinero que tú acumulas pertenece a los pobres».

El principio del destino universal de los bienes se formula de manera definitiva en el **Concilio Vaticano II**, en el texto de la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad. Sean las que sean las formas de la propiedad, adaptadas a las instituciones legítimas de los pueblos según las circunstancias diversas y variables, jamás debe perderse de vista este destino universal de los bienes».

EL COMPROMISO DE MANOS UNIDAS CONTRA LA DESIGUALDAD

Nuestro gran reto es **generar esperanza** en un mundo marcado por la desesperanza.

Estamos en un momento muy difícil, en el que la realidad nos presenta una crisis de proporciones alarmantes a distintos niveles. Los problemas son muchos y afectan, aunque en distinta manera, a toda la humanidad. Sin embargo, creemos que **no estamos condenados a vivir en un mundo desigual**. Sabiendo que nos encontramos ante una responsabilidad

compartida pero diferenciada, queremos detenernos sobre algunos elementos transformadores que pueden estar en nuestras manos como institución. Por eso, no se trata tanto de que hablemos de un futuro bueno que vendrá, sino de anticipar ese futuro, quebrantando esas estructuras de la desigualdad que atentan contra la dignidad de millones de seres humanos.

Queremos tomar dolorosa conciencia y enfrentar con honestidad y justicia las diferentes causas que impiden que millones de seres humanos puedan llevar una vida digna. La

Nuestro gran reto es generar esperanza en un mundo marcado por la desesperanza.

indignación ante las múltiples brechas que hoy día rompen nuestra humanidad nos abre así a un renovado compromiso institucional.

¿Cómo podemos concretar ese compromiso?

- **Un mundo más desigual nos interpela: debemos responder ante el creciente desafío del hambre.** La desigualdad está haciendo crecer lo que supone uno de los mayores ataques contra la dignidad humana: el hambre. Pero la desigualdad no es inevitable; tiene distintas causas contra las que podemos luchar. Si reconocemos y tomamos dolorosa conciencia de la realidad de un mundo desigual, podremos sumarnos a los distintos esfuerzos de transformación.
- **Un mundo nuevo, sin hambre, como proyecto común.** El mundo no volverá a ser el mismo tras la pandemia. Pero para que de verdad sea nuevo debe estar libre de hambre, y esto es una tarea común, de todos, no incumbe solo a algunos.
- **«No dejar a nadie atrás».** El hambre es un atraso alimentado por la actual desigualdad. Todos tenemos la respon-



Manos Unidas/Javier Mármol

sabilidad de que este discurso no sea algo retórico, sino que nos indique, de verdad, el camino para ayudar a transformar la vida de las comunidades más empobrecidas.

LA EDUCACIÓN PARA EL DESARROLLO Y EL ACOMPAÑAMIENTO DE PROYECTOS

Nuestro compromiso de sumarnos al esfuerzo común por lograr un mundo sin hambre, sin pobreza y sin desigualdad, se concreta en las **actividades de educación para el desarrollo** que hacemos en España. Es nuestro deber trasladar a la sociedad española que el aumento de la desigualdad no es una consecuencia natural del crecimiento económico. La indiferencia que caracteriza nuestro mundo nos puede hacer insensibles al sufrimiento de los empobrecidos. Para evitarlo, se necesita promover el cambio a través de la formación sobre la actual desigualdad. El conocimiento de los procesos que la mantienen e incrementan puede ayudarnos a vivir de manera diferente porque nos abre a nuevos valores y estilos de vida y consumo para que nadie se quede atrás.

Los problemas actuales nos afectan a todos, aunque de manera desigual. Creemos que es importante dirigir la mirada y **establecer un vínculo con las realidades de las comunidades más empobrecidas**, para lo que es necesario tomar en cuenta lo que está ocurriendo en nuestro entorno, las consecuencias de la pandemia, el aumento de la inestabilidad laboral y la pobreza. Una información veraz a la sociedad española sobre la actual desigualdad en el Sur, sus mecanismos estructurales, y las alternativas de compromiso por un mundo más igualitario y libre de hambre, puede ayudar a convocar su solidaridad con aquellas personas que sufren condiciones inhumanas de vida. **Contamos con nuestros socios locales**. Son aquellas personas que participan de la vida de las comunidades empobrecidas, que comparten sus luchas y que pueden transmitirnos sus gritos de desesperación y sus anhelos de esperanza. Que nos ayudan a entender nuestra humanidad en términos de

igualdad: de oportunidades, de derechos, de expectativas, de capacidad de decidir, de acceso a las condiciones de una vida digna.

Conocemos a nuestros socios locales y a las comunidades que representan a través de los proyectos de cooperación que nos presentan y que nosotros acompañamos. **Son los proyectos de desarrollo que tratan de mejorar las condiciones de vida** desde la lucha contra la desigualdad y el hambre en el Sur. A través de los proyectos queremos eliminar las brechas que mantienen a las comunidades en una situación de pobreza y exclusión. Para eso, promovemos un desarrollo local, de prosperidad compartida dentro de un modelo de intervención

A través de los proyectos queremos eliminar las brechas que mantienen a las comunidades en una situación de pobreza y exclusión.

que apueste por la participación, la corresponsabilidad, la integración; dimensiones muy necesarias si queremos entre todos «reconstruir» sociedades igualitarias.

Muy difícilmente tendremos un resultado transformador si trabajamos de espaldas a la realidad, sin conocerla, sin salir al encuentro de los «descartables». En Manos Unidas no cabe una cooperación paternalista. **El destino de las personas excluidas no puede cambiar sin ellas mismas**. Su vida no mejorará sin una atenta escucha y un verdadero encuentro de culturas, experiencias, aprendizajes, aspiraciones y sueños. Ellas son quienes pueden permitirnos conocer la realidad en sus contextos, sus países. Es esta circunstancia la que nos sitúa ante la imperiosa necesidad de escuchar todavía más a nuestros socios locales y sus respectivas comunidades para saber de primera mano cómo se encuentran en estos momentos marcados por la pandemia, y qué estrategias creen que son



las más adecuadas para mejorar sus condiciones de vida. Por tanto, nuestro «reconocer la realidad de un mundo desigual» es, ante todo, un reconocer para «sintonizar» con los pueblos, con sus anhelos y esperanzas, con sus miserias y luchas.

CONCLUSIÓN

En Manos Unidas llevamos más de 63 años luchando contra el hambre y la miseria y las causas que las provocan. Desde nuestros inicios entendimos que entre esas causas estaba la **desigualdad que caracteriza nuestro mundo**. Una desigualdad que impide que todos los seres humanos, con independencia de su raza, sexo, origen o estatus socioeconómico, puedan

En Manos Unidas llevamos más de 63 años luchando contra el hambre y la miseria y las causas que las provocan. Entre esas causas está la desigualdad que caracteriza nuestro mundo.

disfrutar de sus derechos fundamentales; derechos que tienen su origen y justificación en la propia e inalienable dignidad humana. Una desigualdad que no solo es económica, sino que afecta a las **opciones y oportunidades de las personas para tener una vida digna**.

Como nos recuerda la **Organización de las Naciones Unidas**, «en todos los países hay muchas personas con escasas perspectivas de vivir un futuro mejor. Carecen de esperanza, sentido de propósito y dignidad; desde su situación de marginación, solo les queda contemplar a otras personas que prosperan y se enriquecen cada vez más. Muchos seres humanos han escapado de la pobreza extrema en todo el mundo, pero aún son más los que no tienen oportunidades ni recursos para tomar las riendas de sus vidas. Con demasiada

frecuencia, el lugar que ocupa una persona en la sociedad sigue estando determinado por su género, su etnia o la riqueza de sus progenitores».

Por eso, no se necesitan solo soluciones monetarias, hay que **transformar las estructuras** que perpetúan esas diferencias y favorecer el acceso y la participación de todos en el desarrollo de la humanidad como proyecto común. En este momento, esta lucha se encuentra con un reto global, una pandemia, que ha profundizado todavía más las consecuencias de la desigualdad y, por tanto, el hambre. Una mirada a nuestro alrededor nos permitirá constatar que también en nuestras sociedades opulentas se está sufriendo a causa de la pandemia, y que es necesario partir de esta realidad si queremos **hacernos conscientes del sufrimiento de los que quedan lejos**, pero que no dejan de ser nuestros prójimos.

No queremos acabar sin apelar a nuestra identidad y misión: la Iglesia nos eligió para hacernos **prójimos de nuestros hermanos y hermanas excluidos en los países más empobrecidos del Sur**. No es una opción; es nuestro deber, y la Agenda 2030 –objeto de nuestro trabajo durante los próximos años– nos será de gran ayuda como plan de acción internacionalmente consensuado para seguir construyendo una igualdad real entre todos los seres humanos. Invitamos a todos a sumarnos de manera esperanzada en la construcción de un mundo donde nadie se quede atrás y el hambre se convierta en un triste recuerdo de un pasado marcado por la desigualdad.

Y, como dice el papa Francisco: «La esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna. Caminemos en esperanza» (FT 55) ●

Departamento de Estudios y Documentación